



LA JUNGLA EXQUISITA

En el corazón de Mayfair, una discreta puerta verde separa Londres de uno de los lugares más exclusivos de UK: el *Annabel's*, el mítico club nocturno en cuya barra coincidía Jerry Hall con la mismísima Reina Isabel, y donde lo prioritario es divertirse sin contar a los tabloides con quién. Con menos de 500 socios, hemos entrado en exclusiva invitados por Martin Brudnizki, el interiorista que lo ha reconvertido en el local más explosivo de la ciudad.

Escribe: DAVID LÓPEZ CANALES Retrató: AITOR SANTOMÉ





Martin Brudnizki, interiorista del nuevo *Annabel's*, en *The Humidor*, la sala para fumar puros. A la izda., entrada con la escalera en voladizo más grande de Londres (después de Buckingham Palace), y la figura de un unicornio que cuelga de un globo.



El Annabel's tiene un punto de delirio. Otro de exceso. Mucho de excentricidad británica. El club nocturno te sorprenderá con palmeras de cristal, moqueta de loros y elefantes y butacas *animal print*.



D

ice Martin Brudnizki, sueco, cotizado diseñador de interiores, presumido, sentado erguido ante un café, que esto es "la quintaesencia de lo británico". Y después sonríe burlón, abre los brazos y señala a su alrededor. Esto, a lo que sus dedos apuntan, es un salón en el que uno se imagina fácilmente una reunión de estirados exploradores británicos del siglo XIX con pantalones bombacho y bigotes esponjosos repartiéndose el mundo ante un mapa. Esto es un salón con papeles pintados a mano en las paredes donde aparecen elefantes, tigres y aves exóticas, una barra de bar con forma de pagoda india y mesas y sillas con estampados florales. Esto es el *Elephant Room* de *Annabel's*. Pero no, esto no tiene nada que ver con la *Royal Geographical Society*. Esto es el club privado más famoso de Londres. O, bueno, mejor dicho, lo era. Porque esto es el nuevo *Annabel's* y el viejo es ya historia.

DE BIGOTES Y MELENAS

En el número 46 Berkeley Square, en pleno corazón de Mayfair, barrio aristocrático de influencia y lujo, *Annabel's* ha abierto recientemente su nueva sede en un edificio georgiano del siglo XVIII. Flanquear su puerta de madera verde con el escudo del club, dos dragones que sostienen una corona, sólo les está permitido a los miembros y a sus invitados. Y a TELVA, que ha accedido en exclusiva con Brudnizki, su diseñador, como cicerone. Poder hacerlo tiene algo de viaje a otra dimensión. Al universo que este sueco, especializado sobre todo en restaurantes y bares como *The Ivy*, también en Londres, imaginó para lo que le solicitaban: crear el *Annabel's* del siglo XXI. Y la misión no era sencilla. Porque si algo probablemente no tenía aquel viejo *Annabel's*, y quizás por ello se convirtió



1



2



3



4



5

“HOLA, GENTE RICA”

Así saludó, el 6 de diciembre de 2013, Lady Gaga antes de actuar ante el público del *Annabel's*. Allí estaba, entre otros, Kate Moss. En *Annabel's* los socios saben que una noche cualquiera podía fácilmente no ser una noche cualquiera. Si Nueva York tuvo su *Studio 54*, Londres replicó con su *Annabel's*. Que se lo digan si no a Sarah Ferguson, que siempre recuerda la noche en que apareció en el club disfrazada de policía con su amiga Diana de Gales tras haber intentado colarse antes en la fiesta de despedida de soltero del príncipe Andrés.

Porque el *Annabel's* era eso. El punto de encuentro de la aristocracia británica más festiva, aunque también era el lugar al que acudían todos los famosos, sobre todo las estrellas de Hollywood que visitaban Londres. Hoy, Martin Brudnizki, su interiorista, asegura que el nuevo *Annabel's* es “el sitio ideal para ver al príncipe Harry y a Meghan Markle”, los nuevos duques de Sussex. Gracias a ellos, la historia podrá continuar como siempre.

1. Jemima Khan y Kate Moss.
2. La princesa Michael de Kent en un desfile organizado en el *Annabel's* (1980).
3. Michael y Shakira Caine (1984).
4. Diana Ross y Arne Naess (1991).
5. Francesca Thyssen y Jerry Hall en la fiesta de Valentino en el *Annabel's* (1987).

La estatua de un gorila ha sustituido como símbolo al Buda del viejo *Annabel's* en el night club.

Lo que el interiorista Martin Brudnizki quería conseguir con su trabajo es que cuando entres en el *Annabel's* exclames: ¡Oh, Dios mío, cómo me lo voy a pasar aquí. Lo increíble es que **AÚN QUEDAN MIEMBROS DEL CLUB QUE SIGUEN PAGANDO 5,25 LIBRAS ANUALES**

The Rose Room.
Como en *El Libro de la Selva* de Kipling, Brudnizki quiso jugar con la flora y la fauna para darle una temática al club.





A la izda. Lady Annabel Goldsmith (1988).
A la dcha., la antigua propietaria del club recibe
en la entrada a la Reina Isabel II.

en una leyenda era, básicamente, eso: futuro.

El club fue fundado en 1963 por Mark Birley, Sir, chico de Eton, millonario por familia y dueño de una decena de restaurantes y bares. Quería tener un lugar donde poder divertirse con sus amigos. Así decidió convertir el pequeño casino del sótano del club *Clermont* en un refugio privado. Y lo bautizó con el nombre de su esposa, lady Annabel Vane-Tempest-Stewart, quien, cosas de la vida, que no entiende de marketing, le abandonarían pocos años después por uno de sus mejores amigos.

Pero aquel club enmoquetado, de luces tenues y tonos rojos, donde Birley llevaba los objetos de arte que compraba en sus viajes, como la gran figura de Buda que sería casi un emblema del club; aquel reducho en principio demasiado snob, donde había que ir obligatoriamente con chaqueta y corbata, que abría a partir de las seis de la tarde, enseguida se convirtió en el más famoso de la ciudad. Allí, en aquel sótano, tras bajar aquellas escaleras que nadie subía con la misma compostura varias horas y más copas después, empezaron a colisionar

dos mundos. El Londres más antiguo y el moderno. El de los duques y los estilistas. El de los bigotes y las melenas. Y funcionó.

SE OFRECE PASEADOR DE PERROS

Si se pregunta a cualquiera que estuvo allí, cada uno conserva una anécdota o una leyenda favorita del club. Desde el autobús municipal que un grupo de aristócratas desviaron para que los condujera a la puerta, hasta la noche en que no dejaron entrar a los Beatles por no llevar corbata. Por *Annabel's* pasaron todos. Los Beatles, los primeros, que se hicieron asiduos, porque aquel era el único lugar del reino donde no les atosigaban. Y los Rolling Stones. Pero también Frank Sinatra, Jack Nicholson, Elizabeth Taylor, Brian Ferry, Madonna, Naomi Campbell, Ray Charles, Tina Turner... Allí, una noche, en su barra, John Wayne bebió tanto que no era capaz de mantener el pulso firme para encenderse un puro. Allí pasearon su noviazgo el príncipe Carlos y Diana. Allí se quedó también en la puerta, por no ir correctamente vestido, Eric Clapton.

“Algunos de nuestros miembros aún “NO SE HAN ACOSTUMBRADO” al nuevo club. Otros dicen que es sorprendente y opulento”

SU GIN-MARTINI, MAJESTAD

Es la anécdota más famosa del más de medio siglo de historia del *Annabel's*. Y también la más real. A fin de cuentas, no se olviden de que estamos en Inglaterra y de que tanto el nuevo club como el antiguo están, literalmente, a un corto paseo de distancia del palacio de Buckingham. Quien no lo olvidará, seguro, será el barman que aquella noche preparó el gin-martini más especial que nunca le habían pedido. Ante él estaba la Reina Isabel en persona. Desde entonces, el *Annabel's* es el único club nocturno que la monarca, hasta la fecha y al menos oficialmente, ha pisado.

Allí hacían una excepción con Mick Jagger para que no tuviera que llevar corbata. Allí bebieron también los reyes Juan Carlos y Sofía o el presidente Richard Nixon. Allí hizo un desfile el diseñador Valentino...

Annabel's era ese presente inmediato. Un sótano entre encantador, íntimo y también decadente, con un restaurante y una pista de baile. Pero ese presente fue cumpliendo décadas de éxito y sobreviviendo a luchas familiares e incluso a cambios de dueño. Desde 2007 pertenece a Richard Caring, el empresario que está creando un pequeño imperio de la restauración de lujo con clubes como éste y bares como *Harry's* o el *Soho House*. Fue él quien decidió que el viejo *Annabel's* tenía que ser ya historia y que llegaba el momento de que naciera un nuevo *Annabel's*.

“No hay críticas negativas, pero es verdad que algunos de nuestros miembros aún no se han acostumbrado al nuevo club. Lleva tiempo hacerlo. Digamos que es una cuestión de ajuste...”. Astrid Harbord, relaciones públicas



El cuarto de baño de las mujeres es una fantasía en tonos rosa pastel, estatuas griegas y una atronadora música disco.



Hilo musical con aullidos, oscuridad y un túnel del terror con demonios y calaveras reciben a los hombres en su cuarto de baño.

Brudnizki tuvo VÍA LIBRE Y UN CHEQUE EN BLANCO para renovar el *Annabel's*. Tan sólo le pararon los pies cuando propuso hacerlo de manera demasiado salvaje

del club, responde con medida diplomacia. El nuevo *Annabel's*, a diferencia del anterior, ocupa todo un edificio, abre también durante el día y ofrece, entre sus nuevos servicios, además de restaurantes, bares o comedores privados, hasta un paseador de perros. "Teníamos que hacerlo. Lo que quería un miembro de un club en 1963 no es lo mismo que lo que demanda hoy. Por eso debe ser algo más que un club nocturno. Ahora se puede desayunar, hay zonas de trabajo y se ha relajado el *dress code*", me dice Harbord. Y, ¿qué le dicen los socios cuando lo ven por primera vez?, le pregunto. "Les gusta. Me comentan que es muy sorprendente, que es opulento y, sobre todo, que es muy divertido".

UNA DECORACIÓN DE 60 MILLONES DE €

"Para mí la clave era entender qué debía ser *Annabel's*. Saber que es más que un club nocturno. Y, a partir de ahí, el dilema estuvo en cómo convertir este gran edificio protegido en lo que queríamos. Por eso pasé mucho tiempo pensando cuál sería la narrativa adecuada para el club", me cuenta Brudnizki. A su favor tuvo dos factores importantes. El primero que, como confiesa, siendo adolescente su habitación en Estocolmo era, por decisión propia, totalmente blanca, desde las paredes a la moqueta y los muebles, y que aquello le hizo "romper muy pronto con el minimalismo". El segundo que Caring, el dueño, le dio vía libre y un cheque en blanco, que se entendieron desde el primer momento, y que sólo en algunas ocasiones le paró los pies porque se pasaba literalmente de frenada y quería hacerlo todo demasiado salvaje.

El resultado, cierto, es absolutamente británico. Como si al otro lado del espejo de la Alicia de Lewis Carroll no estuviera *El País de las Maravillas* sino *El Libro de la Selva* de Kipling. Brudnizki quiso jugar con la flora y la fauna para darle una temática al club. "Eso me permitía crear diferentes espacios con algo común. Hasta que llegas al sótano, al club nocturno, a esa jungla que es el paraíso perdido donde el ser humano se pierde, que es lo que sucede de madrugada en los clubes", afirma. Recorreremos *Annabel's* con él.



La aristócrata Astrid Harbord es la actual relaciones públicas del *Annabel's*. Muy amiga de Kate Middleton, le organizó su despedida de soltera.

Hacerlo es pasar de estancia en estancia como si fueran pantallas de un videojuego. Sucede ya desde la entrada, desde ese recibidor más sobrio presidido por dos enormes candelabros rusos de cristal que Caring compró en una subasta y que aparecieron en 1964 en la película de Audrey Hepburn *Encuentro en París*. Una estancia desde la que se vislumbra al fondo el jardín con terraza interior, y con un fuerte contraste con las otras estancias de orna-

mentación selvática. "La idea es que cuando entres pienses: ¡Oh, Dios mío, cómo me voy a divertir aquí!", resume el diseñador.

Annabel's tiene un punto de delirio. Otro de exceso kitsch. Mucho de excentricidad británica. Pero resulta inesperadamente equilibrado. Incluso en el club nocturno, con palmeras de bronce y hojas de cristal, con moqueta (homenaje al viejo *Annabel's*) de loros y elefantes, con butacas *animal print* o con el gorila de

bronce con corona y mueca de rey hastiado que ha sustituido al Buda. Todo está cuidado el detalle. Y eso que fue un trabajo hecho en tiempo récord, un año y medio, aunque con un presupuesto salvaje para la decoración de más de 60 millones de euros. “Antes, los clubes se diseñaban como un hogar. La idea era que fuesen como una casa fuera de la propia casa. Pero yo quería diseñar esto como si siempre viniesen a la mejor fiesta del año”, me confiesa Martin Brudnizki.

bros que son parte del club desde su origen y que siguen pagando las 5,25 libras anuales que Birley estableció como tarifa para los 500 socios de cupo que puso. Miembros que conocieron y establecieron las reglas de aquel club al que había que ir con chaqueta y corbata, siguiendo ese chascarrillo tan aristocrático que dice que uno debe llevarlos siempre porque no sabe cuándo lo va a llamar la reina a palacio. Hoy desde *Annabel's* no desvelan cuántos miembros tienen, pero confirman que la cifra

están bien vistos que se vean los pezones de las mujeres. Ni los de los hombres. Ni los pantalones cortos, ni las parejas que visten igual, ni las tiaras, salvo que las lleve quien pertenezca a la realeza y asista a un evento de la familia real.

Pero, a pesar de todo, hay algo que no cambia respecto al viejo *Annabel's*. O que es necesario que no cambie. Uno de los elementos que hicieron famoso en todo el mundo a este club nocturno es la discreción. Lo que pasaba en *Annabel's* se quedaba allí,



El jardín es, sin duda, una de las estancias más cotizadas del nuevo club. Con techo retráctil, este espacio es un homenaje a los invernaderos interiores que alojaban en el pasado las grandes mansiones georgianas.

“¿Ha visto ya los aseos?”. La pregunta de Brudnizki me sorprende. Porque los cuartos de baño del *Annabel's* merecen una visita. Hilo musical con aullidos, oscuridad y un túnel del terror con demonios y calaveras reciben a los hombres en el suyo. El de las mujeres es una fantasía en tonos rosa pastel, estatuas griegas y una atronadora música disco. Aquí, hasta ir al baño debe ser una sorpresa.

COMITÉ DE ELECCIÓN

Pero este nuevo *Annabel's* no sólo ha cambiado su sede y sus horarios. También renueva la forma de vivirlo. Aún quedan miem-

es aún inferior a aquel medio millar, y que disponen de un comité que, sin criterios fijos, decide, uno a uno, quién puede serlo o no. Y tampoco hay que llevar corbata, aunque se sigue exigiendo chaqueta a partir de las seis, salvo en la pista de baile. Ahora se pide a los clientes que sean “festivos y respetuosos”.

Aunque no todo vale, claro. Como detallan por escrito a sus socios, por si lo dudan, cualquier prenda que llevasen en un gimnasio está prohibida. Y hay estilos que no son tampoco bienvenidos, como los vaqueros rotos o los sombreros y las gafas de sol por la noche. Tampoco

al final de aquellas escaleras. No había *paparazzis*, ni filtraciones a los tabloides. Nadie se desayunaba leyendo en el *Dail News* con quién había estado la vispera en la penumbra del club. Y eso desean que se mantenga. Pero el reto es más complicado. No se trata ya de que no se cuelen los *paparazzi*, sino de que los miembros se olviden de sus teléfonos: les recomiendan que no utilicen las redes sociales. Que no cuenten lo que hacen al otro lado de la puerta verde y al fondo de las escaleras. Que, aunque nada sea ya igual, siga todo como siempre: que lo que suceda en *Annabel's* no salga de *Annabel's*. **T**